



EL INSTINTO Y LA RAZON

FERNANDO Y «TONY»

Veamos, *Tony*: es necesario que me acompañes esta tarde á paseo. Ya sabes que papá ha dicho que quiere que me vaya acostumbrando á salir solo, porque ya tengo nueve años, y no es cosa de que lleve niñera á mi cuidado. Bien; ese movimiento vertiginoso de tu cola supongo que quiere demostrarme tu conformidad, y hasta un poco de alegría, ante el porvenir agradable de un paseo juntos y solos. ¡Verás cómo nos vamos á divertir! ¿Dónde te parece que vayamos...? ¿Cómo has dicho...? ¿Guau...? ¡Ah, vamos! Eso quiere decir que irás conmigo donde yo te lleve. Eres un perro muy bueno, y yo te quiero mucho. Vámonos ya; iremos al Prado... Sí; pero no tires mucho de la cadena, porque me caeré. ¡Parece mentira que tengas tú más fuerza que yo...! Bueno, *Tony*, bueno, te quitaré la cadena; pero me has de seguir muy formal... ¡Hombre, *Tony*, no te dé tanta alegría, porque me vas á hacer caer con tus caricias! Pues señor, ¿de qué me servirá hacer gimnasia, si un perro puede más que yo...? ¿Ves qué bien vamos...? Tiene razón papá; ya soy un hombre... ¡Qué hermoso está el Prado... ¡Mírale, *Tony*...! Vamos á echar una carrera para llegar en seguida... Anda, ¿no quieres correr...? Tú te lo pierdes, porque cruzando á escape llegaremos antes... ¡Ay!, no, pues estabas en lo cierto, *Tony*; no se llega antes, porque ¡flojita caída he dado! Vamos allí á limpiarme el barro de las piernas... Efectivamente hubiéramos

llegado más pronto andando que corriendo... ¡Es lástima, *Tony*, que no sepas hablar, porque me parece que me comprendes muy bien; debes sentir mucho ser perro! ¿No te gustaría más ser niño? Papá dice que eres muy inteligente... ¿Guau? Sí; ya veo que me contestas, pero hijo no sé qué quieres decir con tu guau. Decididamente sería mejor que tú supieses hablar ó yo supiese ladrar. Oye, te voy á poner otra vez la cadena, porque aquí hay muchos guardias... ¡Así...! Mira *Tony*, vuelve la cabeza y verás qué bonito efecto hacen todos los molinillos de colores que lleva aquel hombre colocados en unos palos; como hace viento se mueven todos... mira *Tony*... anda, mira allí detrás; ¿no quieres...? ¡Buen golpe para mi nariz! ¡Maldito árbol! No puede uno distraerse ni un minuto. Vamos á correr un rato grande... ¡Ajá...! ¡Uf! ¡Qué modo de sudar! ¡Qué calor! Beberemos agua en aquella fuente... ¡Qué fresca y qué rica...! ¿No la bebes, *Tony*? Pues también sudas como yo; conque tú te lo pierdes... Nos sentaremos un rato. Yo creo, *Tony*, que ya hace lo menos dos horas que hemos salido de casa y es conveniente volver. Además, parece que me duele algo la garganta; sin duda el agua estaba demasiado fría y yo demasiado sudando; eso debe ser, porque mamá siempre me tiene dicho. «¡No bebas agua cuando estés sudando, Fernandito; espera á estar reposado y tranquilo!» Ya tengo enfriamiento ó anginas, de seguro. Y me reprenderán en casa, porque ya sabes, *Tony*, que he dado palabra de hombre de contar todo lo que ocurra en este primer paseo que hago solo, y no pienso mentir aunque me



riñan. No tires de la cadena, porque no quiero andar más de prisa... iremos despacito... no tenemos ninguna urgencia... ¡Vamos, Tony, ¿por qué corres...? ¡Quieto...! Eres bueno, me obedeces aunque gruñendo un poco. ¡Ave María, qué relámpago y qué trueno...! ¡Atiza, vaya un chaparrón...! ¡Bonitos vamos á llegar á casa, Tony! ¡Olfateabas la tormenta cuando querías correr...? ¡Qué atrocidad, vamos á ponernos en salsa...! ¡Ea, ya estamos! Espérame aquí, Tony; voy á decir á papá todo lo que hemos hecho.

.....
—Tony, toma mi merienda, te la regalo porque la mereces más que yo. ¿Sabes? Papá no me riñó, pero me ha dicho muchas cosas, y entre ellas algunas que las recordaré siempre. Me ha hecho comprender que hoy has sido tú el fuerte y yo el débil; lo mismo que cuando tiras de la cadena y puedes más que yo. Me ha dicho que no hay que ufanarse por ser *persona*, porque cuando no se utilizan con discreción las facultades que Dios nos ha concedido, ocurre con frecuencia lo que esta tarde en nuestro paseo: que *el instinto es más fuerte que la razón*. Papá me ha dicho que hoy mereces tú comer en la mesa y yo en tu casilla. Tanto como eso, claro es que no haremos; pero sí te doy mi merienda de muy buena voluntad.

MARÍA DE ATOCHA OSSORIO Y GALLARDO



HISTORIA NATURAL

EL LEON

El llamado rey de los animales debe, sin duda, esta denominación augusta á su porte altivo y mirada imponente, que realmente le da cierta majestad. Pertenece al orden de los carnívoros, y es una de las especies más grandes del género



relino, subgénero de los gatos; pero dentro de este subgénero, ¡qué diferencia entre el gato perezoso y tranquilo de nuestras casas, á este otro de las selvas!

El león del Atlas, que es el tipo de la clase, mide, desde la boca á la punta de la cola, 2 metros 40 centímetros de largo; es su piel de un rubio obscuro, y su abundante melena de un tono más pardo. Su agilidad es grandísima, y salta hasta cuatro metros; su fuerza, poderosa, y de un zarpazo rompe la columna vertebral á un caballo.

Es animal nocturno, y como no se vea obligado á ello, no deja su guarida hasta entrada la noche, y se retira apenas despunta el alba. Suele cazar generalmente solo, aunque no faltan viajeros que aseguran haberle visto cazar en grupos. Sin duda se trataba de hembras, acompañadas de sus cachorros.



La hembra no tiene la arrogancia del macho, y en esta superioridad de su aspecto entra por mucho la falta de la melena. La hembra se parece á los cachorros, y suele tener, como ellos, manchas oscuras.

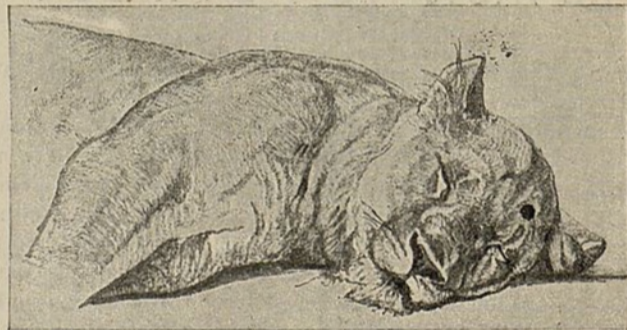
El león prefiere para sus cacerías los animales rumiantes, á los que espera al acecho en las inmediaciones de los sitios donde acuden á beber. De un salto rapidísimo se lanza sobre su presa, á la que mata en el acto, ya con la fuerza de su zarpazo terrible, ya mordiéndola en la nuca con su boca formidable. La arrastra luego á su guarida, y allí sirve de alimento á la familia.

La leona es una madre cariñosa, y aseguran los que la han visto acariciar á sus hijuelos que es un verdadero encanto verlos jugar.

Guarda proporción con la apariencia soberana del león su imponente rugido, que se escucha á grandísima distancia. Lo mismo los pacíficos ganados, que las fieras, se amedrentan al oírlo y se esconden ó huyen despavoridas, y los hombres más dispuestos á cazar el león no ocultan que sienten una impresión de temor al escuchar su rugido tremendo.

Generalmente se le preparan trampas, cubriendo con ramaje hoyos profundos, para poder matarle allí caído. Las armas de fuego han devastado de leones las comarcas. En Argelia había leones hace cincuenta años y ahora han desaparecido.

El león no suele perseguir al hombre, pero cuando es viejo y no tiene ya la fuerza superior á los demás animales, suele

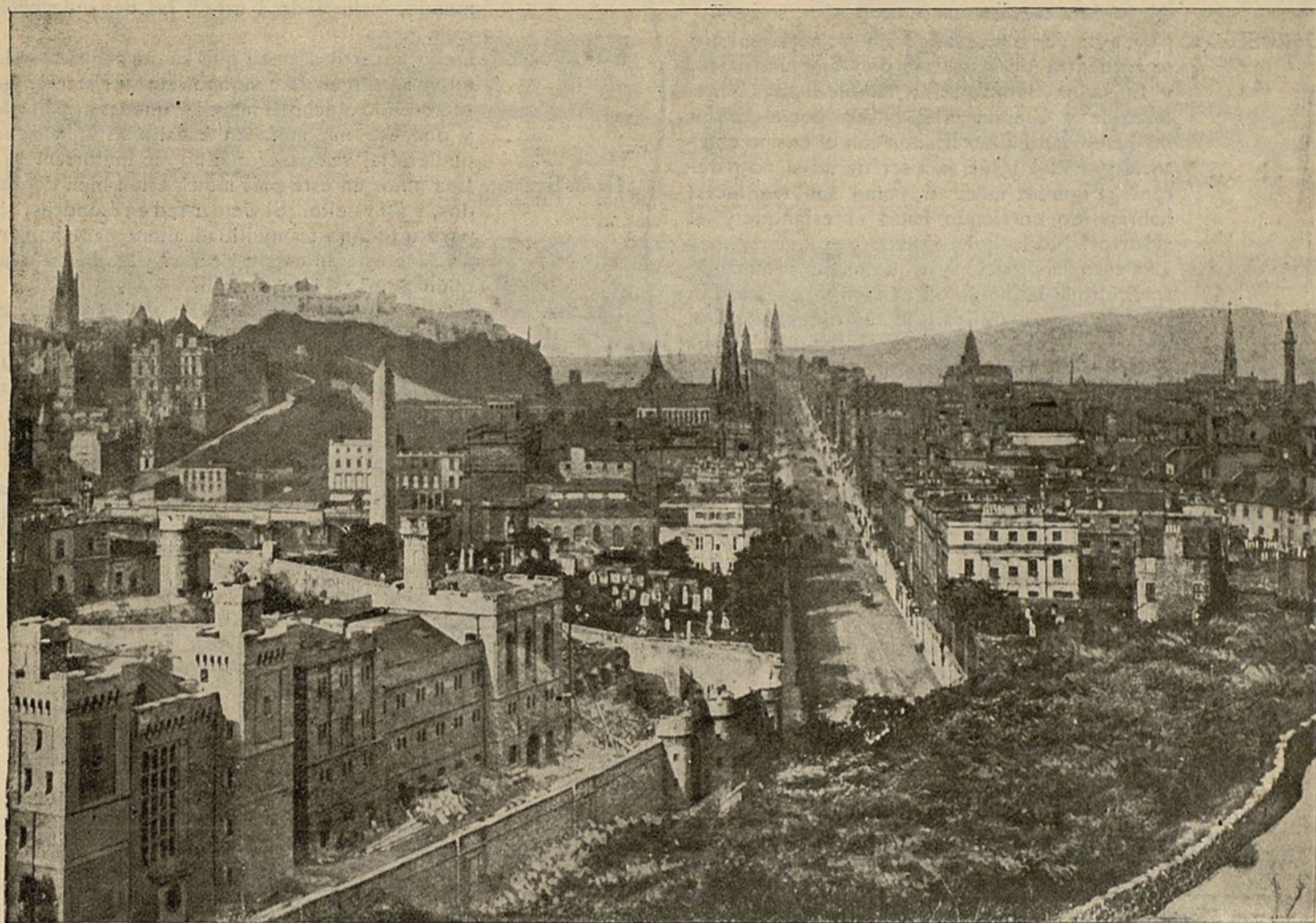


acordarse del rey de la creación para añadirlo al *menú* de sus comidas.

Cuando se le coge joven, se le domestica sin gran dificultad, y todos hemos visto en las colecciones zoológicas y en los circos hasta qué punto se impone el hombre al poderoso rey de las selvas.

Acostumbrado á su superioridad sobre los demás animales, pierde por completo el valor cuando el que le acomete le lanza por el aire, como sucede cuando lucha con el toro. En el primer momento se presenta arrogante y dispuesto á aniquilar á su contrario, pero cuando éste le embiste y le lanza al espacio, parece que se deja en el aire todo su valor, pues al caer huye como el animal más cobarde.





EDIMBURGO. La capital del reino de Escocia y del condado de su nombre, Edimburgo, es una de las más originales ciudades de Europa. El buen gusto de sus habitantes ha sabido sacar partido de las desigualdades del terreno para darle ese aspecto pintoresco tan celebrado, y sus canteras de mármoles le han suministrado abundante material para sus monumentos. Está situada sobre dos colinas, que separa un barranco atravesado por un viaducto: la parte Sur la ocupa la ciudad vieja, de estrechas y tortuosas calles, y la Norte, la nueva, construída principalmente en el pasado siglo.

Entre sus monumentos merecen mención especial el del famoso novelista Walter Scott, cuya estatua, de mármol de Carrara, esculpíó J. Steel; el castillo de Holyrood, lleno de recuerdos de María Estuardo, y el Parlamento, hoy palacio de Justicia.

Edimburgo ha sido llamado la *nueva Atenas* por sus importantes progresos en las ciencias y las artes. Tiene Universidad, Biblioteca de abogados con 300.000 volúmenes, Museo de Historia Natural, Escuela de Medicina, Conservatorio de Artes y Oficios, Escuela de pintura, imprentas y librerías.

EL TEATRO DE LOS NIÑOS

LA MAÑA Y LA FUERZA

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA POR LA CONDESA DE SEGUR

(Continuación.)

DOÑA AMALIA. Creo que ahora sería un disparate entregársela á usted, que se halla tan exasperada, y usted misma sentiría luego si llevada de su carácter...

DOÑA SEVERA. ¡No gastemos tiempo en necesidades! ¿No me la entregan ustedes? Pues bueno, yo sabré...

DOÑA AMALIA. La verdad es que ignoro dónde está Beatriz.

CLEMENCIA. Tampoco nosotras lo sabemos.

MATILDE. ¡Tampoco!...

DOÑA SEVERA. De veras, ¿eh? Me alegro mucho; buenas son ustedes.

DOÑA AMALIA. Permítame usted, señora.

DOÑA SEVERA. ¡No permito!

DOÑA AMALIA. Dispense que...

DOÑA SEVERA. No dispenso.

DOÑA AMALIA. Pero, señora.

DOÑA SEVERA. ¡Nada! hemos concluído; yo sabré lo que tengo que hacer. (Sale precipitadamente.)

ESCENA IX.

DOÑA AMALIA, CLEMENCIA, MATILDE

DOÑA AMALIA. ¿Dónde está esa niña?

MATILDE. No lo sé, señora; ésta es la dura verdad.

DOÑA AMALIA. ¿Cómo? Os he dejado con ella para que la ocultaseis si queráis, y no sabéis nada.

CLEMENCIA. La escondimos debajo de la mesa; tuvo la imprudencia de hablar, y doña Severa, que la oyó, la mandó salir inmediatamente de su escondite; pero cuando al ver que no se presentaba levantó el tapete, había desaparecido.

MATILDE. Creo que debe de haber salido á gatas por la puerta del jardín, porque de otra manera no se comprende. En cuanto á Luisa, la libramos mientras doña Severa buscaba á Beatriz, y ha escapado por el jardín al oír la voz de su tía.

DOÑA AMALIA. ¡No estoy tranquila!

MATILDE. ¿Quiere usted que vayamos á ver si la encontramos?

DOÑA AMALIA. Sí, hijas mías, y procurad hallarla.

ESCENA X

DOÑA AMALIA.

¿A qué conduce la exagerada severidad? Luisa y Beatriz eran unas niñas muy buenas, y desde hace seis semanas que se encargó de ellas doña Severa las ha vuelto desobedientes y malas á fuerza de reprenderlas sin motivo y castigarlas injustamente. ¡Ah, con los niños, especialmente, se logra más con la *maña* que con la *fuerza*! Fortuna es para ellas que su mamá llegue mañana, y creo que no verá con gusto el cambio que en ellas se ha efectuado durante su ausencia.



ESCENA XI

DICHA y DOÑA SEVERA, que entra asustadísima y se deja caer en una butaca.

DOÑA SEVERA. ¡Ay, ay! ¡Yo no sé, estoy trémula, nerviosa! No se encuentra á esa criatura por ninguna parte, y Luisa ha desaparecido también. Las niñas Matilde y Clemencia la buscan por el jardín; yo he enviado á los criados con el mismo objeto... ¡y nada! ¿Qué va á ser de mí si no parecen? ¡Figúrese usted si, como son tan locas, habrán ido corriendo hacia el estanque y...! ¡Horror! No lo quiero pensar.

DOÑA AMALIA. Lamento la situación en que usted se encuentra, porque la inquietud es terrible, cuando se tiene la responsabilidad de los niños, y sobre todo...

DOÑA SEVERA. Sobre todo, ¿qué?

DOÑA AMALIA. Sobre todo cuando con un poco de dulzura y condescendencia pudieran evitarse las justas quejas.

DOÑA SEVERA. ¿Quejas de qué? Diga usted, doña Amalia, ¿quejas de qué?

DOÑA AMALIA. Quejas de severidad excesiva, según mi parecer. Créame usted, señora, ese sistema de educación es peligroso, y dispéñeme usted si añado... malo.

DOÑA SEVERA. Malo, ¿eh? Pues yo la aseguro á usted que es necesaria la severidad con los niños, sin la cual son desobedientes, impertinentes, perezosos y embusteros.

DOÑA AMALIA. Perdone usted, las niñas que tengo á mi cargo no son nada de eso, y, por el contrario, Beatriz y Luisa lo van siendo desde que usted las... educa. ¿En qué consiste esa rareza?

DOÑA SEVERA. Consiste en que no hace todavía bastante tiempo que corren de mi cuenta y en que todo el mundo, incluyendo á usted, las defiende en la casa.

DOÑA AMALIA. Debo advertir á usted que su mamá, temiendo tal vez la rigurosa condición de su sistema, me recomendó mucho al marchar que las atendiera, y por eso me meto en cuestiones que usted pudiera tal vez creer que no me importan.

DOÑA SEVERA. Los niños en este país nunca están bien educados, y así va ello. ¡Si viera usted en Londres...!; pero no tengo tranquilidad ahora para hablar. ¿Dónde estarán esas criaturas? ¿Les habrá ocurrido algo? ¿Cómo estarán?

BEATRIZ. (Que ha entrado sin ser vista, contesta debajo de la mesa): ¡Bien, gracias!

(DOÑA SEVERA queda asombrada, y DOÑA AMALIA también manifiesta extrañeza. Ambas se acercan á la mesa, levantan el tapete y no encuentran á nadie.)

DOÑA SEVERA. ¡No lo entiendo!

DOÑA AMALIA. Habrá ido al jardín. ¡Por fuerza! (Vanse ambas por la derecha, y, apenas desaparecen, asoma BEATRIZ la cabeza por la puerta del jardín.)

ESCENA XII

BEATRIZ; después MATILDE y CLEMENCIA

BEATRIZ. ¡Ya estoy en salvo!

MATILDE. ¡Aquí está!

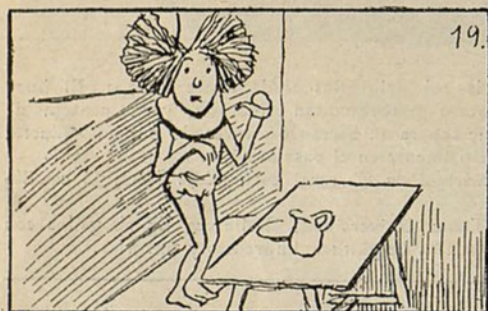
CLEMENCIA. ¿Dónde estabas escondida?

BEATRIZ. ¡Silencio! ¡Estaba en el jardín!

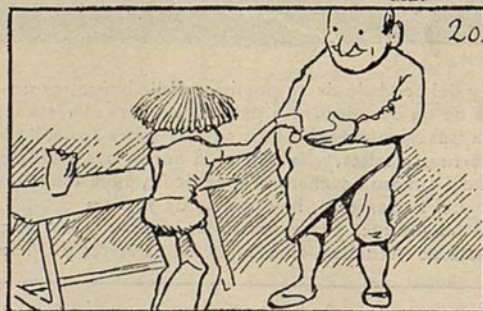
CLEMENCIA. ¡Si le hemos recorrido cien veces!

(Continuará.)

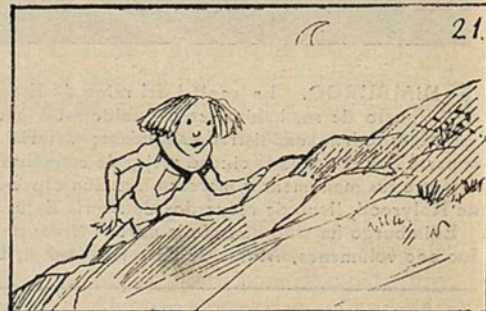
EL PAJE DEL CONDE DON MENDO (Continuación)



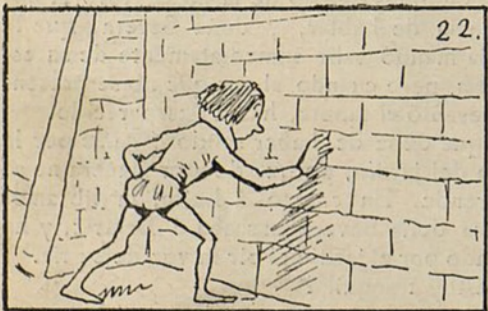
Al escuchar Galaor a aquellos desasmascos, se le puso la melena de punta.



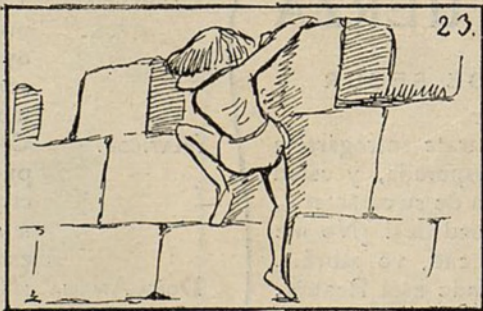
Se trataba de asesinar á su señor, por lo que pagó al hostelero, y partió para el castillo.



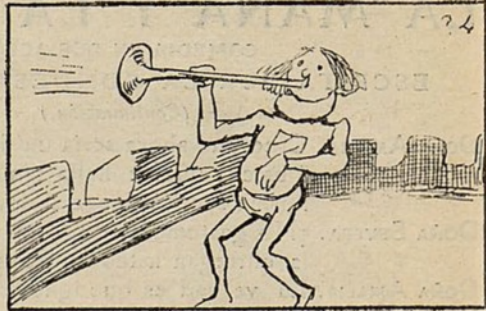
Trepó como una cabra por las cuestas que al castillo conducían entre riscos y breñales.



Llegó á la muralla, y, palpando, trató de orientarse el pajecillo.



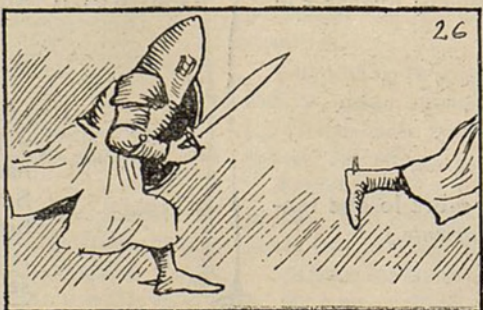
Pero el puente levadizo estaba ya levantado, y no tuvo más remedio que escalar la fortaleza.



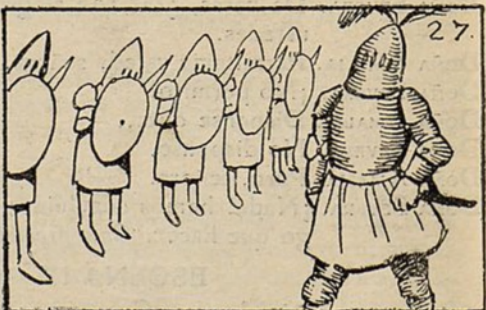
Ya en la plataforma, tocó la trompeta en señal de alarma, con toda la fuerza de sus pulmones.



Aquel sonido despertó á D. Mendo, que dejó el blando lecho con gran sobresalto.



¡A las armas! se oyó por todos los ámbitos del castillo, y los guerreros acudieron á escape.



No tardó el conde en presentarse armado y revista: su hueste. (Continuará.)